

Mss 385
1121/1264
c1

Viernes 26 de Octubre de 1923

FIGURAS DE ACTUALIDAD

TORQUEMADA

Ha comenzado a discutirse en la prensa un tema de palpitante actualidad: la inquisición española.

No soy partidario de la inquisición ni me explico qué interés haya en defenderla; pero estimo en lo que vale la conveniencia de hablar de cosas pasadas para distraerse un poco de las presentes.

Entre el tema de la inquisición y el nuevo régimen estoy por el primero que evoca padecimientos y tristezas pretéritos. Siempre será menos peliagudo hablar de Torquemada que de don Remigio Medina, para citar sólo un ejemplo.

Por lo demás, para apreciar debidamente a Torquemada hay que situarse dentro de su propio criterio. El gran inquisidor era, sin duda, un hombre que quería hacer triunfar sus ideales, "pese a quien pesare", creía que "los errores se combaten con errores", y como estaba seguro de que "el odio nada engendra" no vacilaba en cargar con el de los herejes.

Su malevolencia hacia los judíos, grandes acaparadores de riquezas, si bien basada en móviles de orden ideológico, no era tal vez sino un débil reflejo de la mala voluntad que aún en nuestro tiempo sienten algunas personas en contra de los bancos y, en general, de todos los capitalistas que cometen el delito imperdonable de prestar dinero, o mejor dicho, de exigir su devolución.

De ahí que la opinión pública, al simpatizar con la campaña iniciada en contra de los judíos por el gran inquisidor, contribuyera con sus aplausos a engañarlo.

Bajo el nuevo régimen Torquemada habría sido el más genuino representante de las reivindicaciones del proletariado, un espíritu idealista que sabía dar toda su importancia a las cuestiones doctrinarias y un defensor del principio de autoridad que, cuando se trata de servir una causa, no vacila en sacrificar los intereses de las minorías. ¿Qué otra cosa aspiran ahora a ser nuestros modernos radicales?

Se acusa al inquisidor de fanatismo porque pretendía impedir las manifestaciones de un culto que no era el suyo; pero ese fanatismo solo puede enaltecerlo ante los ojos de los asambleístas del presente que tratan de suprimir las procesiones, que buscan la manera de despojar a los conventos de sus bienes, y acuerdan medidas de vigilancia en contra del Cardenal que nos visita.

Sin duda, el procedimiento puesto en práctica por Torquemada para concluir con las ideas que él estimaba erróneas y perjudiciales, era menos dulce que el usado por los intolerantes de nuestra época; pero era, en cambio, muchísimo más rápido, y desde su punto de vista, no tan cruel como ahora nos parece. Al condenar a los herejes a la hoguera, pensaría, quizá, que puesto que iban a arder definitivamente en los infiernos, bien poco les haría comenzar a arder algunas horas antes.

Para los inquisidores la hoguera, en vez de ser un castigo no pasaba de ser un simple entrenamiento. Los hechos hay que juzgarlos con el criterio de la época.

Hoy nos espeluznamos ante los cepos, las mordazas y demás instrumentos de suplicio usados en la edad media, como nuestros sucesores, más civilizados y de nervios más sensibles, se horrorizarán dentro de algunos siglos en el museo histórico, ante los garrotes de la liga contra el cohecho, la máquina de pié de los dentistas, los fonógrafos de propaganda electoral y un sinnúmero de artefactos parecidos.

Hay que pensar, además, que morir asado en Toledo durante la edad media, equivale exactamente a ser electrocutado, a la fecha, en Nueva York, salvo el progreso de civilización que significa el reemplazo del carbón por la energía eléctrica para cumplir una sentencia judicial.

El pobre Torquemada no disponía de médicos tan modernos para la ejecución de sus fallos; pero éste no es un motivo para enseñarse en la memoria de un hombre que, de haber nacido en la época presente, por su intolerancia con las ideas ajenas, su afición a las cuestiones doctrinarias, y su propensión a abusar de la autoridad, habría sido, de seguro, aliancista.

P.

CELICH UC

Centro de Estudios de Literatura Chilena

Pontificia Universidad Católica de Chile